



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Héctor Véliz-Mesa • Luis Urqueta M. • HCF Mansilla • Margarita Candón • Fernando Aínsa
Giovanna Rivero • José Saramago • Alfonso Gamarra • Irma Magnani • Hilda Mundy
Marc E. Blanchard • Miguel de Cervantes

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXIII nº 564 Oruro, domingo 4 de enero de 2015

FUNDACION
ZOFRO
CULTURAL



Tres rostros del carnaval. Óleo sobre tela. 80 x 90 cm
Erasmo Zarzuela

Atónito

Una persona *atónita* es la que sorpresivamente ha quedado pasmada o espantada por la consecuencia súbita de un suceso extraño, asombroso o difícil de explicar. Ante una situación de esta naturaleza, la gente usualmente no sabe cómo responder o reaccionar. Sus sinónimos más utilizados son: estupefacto, desconcertado o patidifuso.

En sus orígenes, este adjetivo se refería exclusivamente a quienes se sobrecogían o atontaban con el estallido desmesurado de un trueno en el cielo... algo que hoy día, ya casi no llama la atención de casi ninguna persona. La palabra *atónito*, en consecuencia, nace del vocablo latino *tonare* que, en esa lengua, significa tronar, retumbar.

Héctor Véliz-Meza en: 365 para enriquecer su lenguaje.

El pensamiento libre y la recurrencia en el tema epistolar

Reafirmando su vocación plural, el suplemento literario *El Duende*, desde esta edición, tendrá robustecido su contenido con la incorporación de un notable pensador como columnista y la presencia inagotable de las notas epistolares que hacen historia.

En el primer nivel, el Suplemento quincenal contará con la invaluable colaboración del filósofo y Académico de la Lengua Dr. Hugo Celso Felipe Mansilla, para abordar en cada entrega cuestiones de su amplia erudición.

En cuanto a las cartas, en los años 2004 y 2005 *El Duende* publicó en su sección "El dulce vicio de escribir" una constelación de 54 cartas para mostrar cómo mediante la correspondencia, la intimidad entre dos personas distantes puede ser contada a través de misivas y diarios con solo la voluntad de comunicarse y, rastreando, constituirse en parte de la historia de la humanidad. Por ello nos proponemos que las cartas sigan redivivas en las páginas de *El Duende* no solo por las circunstancias de quienes escribieron y de sus receptores, sino también mostrar el aura literario de su contenido.

En este 2015, tras el cierre del ciclo de "El músico que llevamos dentro", *El Duende* retoma el material epistolar sustentado por un puñado de cartas heterogéneas como aporte a la comprensión de ciertos períodos históricos propiciando un acercamiento a la vida y obra de los escritores. El hito hemos denominado "Baraja de tinta".

Al mismo propósito, será bueno repetir aquí lo que decía la escritora orureña Hilda Mundy, publicada en 1936:

"Cuando se contempla de cómo un hombre, teje la trama epistolar a pluma y tinta, hay una reminiscencia del gusano de seda emprendiendo la maravilla de su obra. Y la vista de tres, cuatro, cinco cartas virtuosamente cerradas, de súbito despliegan el abanico de la suposición..."

"Abrirlas, siendo ajena, es un goce inefable, multipligustado, bendito, imponderable. En ésta quién sabe existe el arrebol de un pécadillo... en aquella: la escala cromática de unos celos... en otras: desafíos trágicos... disparos en proyecto... suicidios en estado embrionario... etc... etc... Sin límite: la carta es un pensamiento ensombrado y viajero que encierra un mundo de sugerencias..."

Sean los lectores bienvenidos a estas secciones remozadas.

Luis Urquieta Molleda

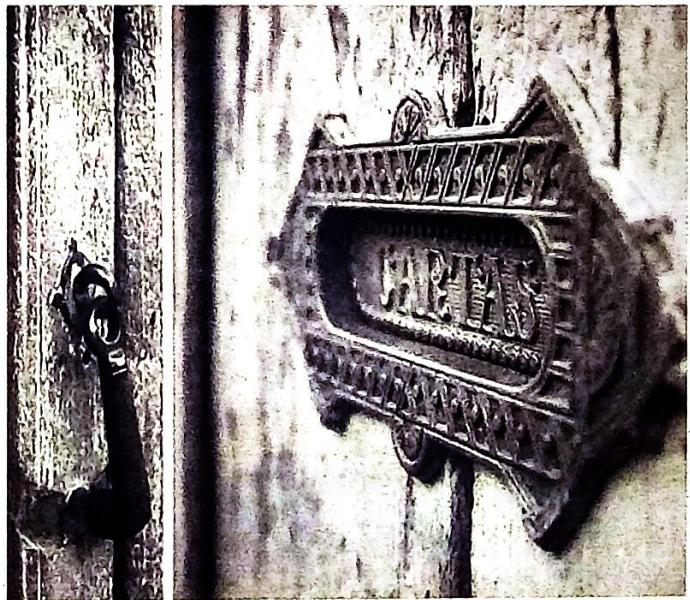


el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-6288500
elduende@zofro.com
urquieta@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.



La fragilidad de los modelos humanos

H. C. F. Mansilla*

Mi última estadía en Alemania incrementó un ánimo pesimista que arrastro desde la infancia. Uno de mis maestros universitarios más admirados estaba gravemente enfermo, y yo le hice una visita de cortesía. Ambos nos dimos cuenta de que era la última vez que nos veríamos. Ello dio a la ocasión un aire solemne: sin quererlo, tratamos de sopesar cada palabra y de medir cada gesto. Me pareció curioso, porque mi profesor era el paladín de la ironía y de las bromas. En mis años estudiantiles él me enseñó algo que no practiqué: la necesidad de ponerte a diario en cuestionamiento, la conveniencia de tomar todo con distancia y la pertinencia de ejercitarse en un estoicismo moderado y distinguido. Y yo pensaba a menudo como nocio consuelo: proponer algo así es mucho más fácil que actuar en consonancia.

Mi maestro, que siempre había evitado referirse a sucesos y circunstancias personales, me contó inesperadamente muchos detalles y episodios de su vida. Esto fue lo que me produjo pesadumbre: el hombre había hecho de la crítica y la ironía su arma intelectual, su estilo de enseñanza y hasta la marca distintiva de su escuela, y ahora dejaba vislumbrar una existencia por demás prosaica y sin relieve. Ninguno de los relatos tenía valor literario o anecdótico, y esto era lo triste: esos retazos de vida, contados con cariño y morosidad, trataban de concitar mi atención, dilatar mi visita y quizás ilustrar o dar cuerpo a un mensaje que resumiera el cúmulo de sus conocimientos.

Él había querido brillar en la ingrata república de las letras y las ciencias, y hasta ejercer alguna influencia sobre los asuntos públicos. Sus muchos libros y, sobre todo, su incansable asesoramiento en favor de diferentes gobiernos eran testimonio de ese designio. Hubiera querido ser el preceptor de una nueva Alemania, razonable y democrática, como también lo deseó Max Weber, su gran modelo. Como defendiéndose de un posible reproche, en cierto momento mí apreciado catedrático afirmó que jamás se había hecho ilusiones en torno al reconocimiento del ámbito académico y que nunca le interesó el juicio de la posteridad, pero eso, obviamente, no correspondía a la realidad. Acto seguido me aseguró, por ejemplo, que no eran las enfermedades ni el olvido de sus hijos lo



que le dolía, sino la indiferencia de sus pares, el olvido de la opinión pública y el alejamiento de sus discípulos. Eso me dejó profundamente abatido: hasta mí respetado profesor, el campeón de la lógica práctica, el conversador agudo y preciso, caía en incongruencias tan notorias y pueriles. Y ahí pensé: todos nos comportamos de manera similar. Cuando se acerca el fin o mucho antes cometemos los mismos errores, caemos en las mismas vanidades y endulzamos del mismo modo la infancia y la juventud. Y nos mostramos, por consiguiente, carentes de sentido común y, lo que es más grave, de elegancia.

Quien lo hubiera imaginado: durante décadas mi maestro daba la impresión de una notable fortaleza espiritual y de un olímpico desdén por las recompensas de este mundo. Desde afuera su vida parecía ser una seguidilla de éxitos, pero ahora aseveraba que había sido una cadena ininterrumpida de pequeños agravios, de innumerables derrotas repetidas casi cotidianamente. Imposible, me aventuré a contradecirle con estudiada vehemencia: ahí estaban el aprecio de cientos de discípulos, la fama bien establecida, las menciones laudatorias y agradecidas en varios discursos del Presidente Federal alemán, los innumerables estudios y comentarios sobre su teoría y la fascinación que ejercía sobre muchas alumnas. Pero él afirmó, subiendo sorpresivamente la voz, que esto último fue precisamente lo más fugaz, lo más deleznable, lo menos digno de ser recordado. Se había casado tres veces, con mujeres jóvenes, bellas e

inteligentes que lo admiraban, y ahora terminaba sus días en la soledad total. La felicidad, me confesó, era el resplandor de unos instantes, la dicha de ciertos momentos y, ante todo, la falsa seguridad que proviene de nuestras confusiones y nuestros prejuicios.

El viejo y querido profesor había representado para mí un dechado de corrección, un paradigma de sabiduría: un ejemplo de vida bien lograda, como se decía en clásica. Su producción teórica no llegó a convencerme, y no compartí del todo sus análisis y diagnósticos sobre la realidad política y social. Pero su sapiencia práctica era para mí la última palabra. Su actitud estoica frente a los avatares de la vida me pareció lo más sensato que los mortales

pueden hacer en un mundo irracional e impredecible. Su talante sereno, su virtuosismo verbal el alemán más bello que jamás escuché, su buen gusto admitido y envidiado por la comunidad intelectual y su comportamiento siempre adecuado y oportuno habían constituido a mí entender la norma de perfección que debía imitarse. Y ahora que lo veía tan vulnerable y decaído, contradictorio e ilógico, tierno como un niño y orgulloso como en sus mejores tiempos, me percataba de la fragilidad de los grandes modelos, de la futilidad de todo esfuerzo sostenido, de la debilidad de nuestra especie. Hasta pensé que no poseía un mensaje claro y sistemático o una concepción coherente, sino observaciones circunstanciales, fragmentos centrados en asuntos autobiográficos, recuerdos soterrados, anhelos ambiguos, pensamientos sin grandes enseñanzas ni moralejas. Una doctrina llena de brumas y sombras. (¿Cuál está libre de ello?) Entonces me acordé de una de sus observaciones: la herencia cultural amenazada y precaria es la más valiosa.

Al término de la visita me dijo como una especie de corolario existencial algo que me afligió aun más, porque probablemente se acerca a la verdad, si es que hay algo tan inasible e incierto como la verdad: al final de la carrera y de la vida se sabe menos que al comienzo.

* Hugo Celso Felipe Mansilla.
Doctor en Filosofía. Académico
de la lengua.

El Ave Fénix

Margarita Candón *

Dicir que una persona es como el Ave Fénix, que renace de sus cenizas, es una expresión que se utiliza para distinguir a la persona que, a pesar de haberse hallado en una situación desfavorable, logra con su esfuerzo salir de la misma y alcanzar grandes metas.

Su origen se halla en la mítica historia del Ave Fénix. Ave fabulosa, animal sagrado entre los egipcios, cuyo nombre de origen griego corresponde al egipcio "benu". La primera cita que tenemos del Ave Fénix procede de Herodoto que, en el capítulo 73 del libro II, *Los nueve libros de la Historia*, dice refiriéndose a ella, entre otros animales que pueblan la región del Nilo: "Aún hay allí otra ave sagrada cuyo nombre es Fénix. Yo no la he visto sino en pintura. Raras son, en efecto, las veces que acude, cada quinientos años según dicen los de Heliópolis, y cuentan que viene cuando se muere el padre. Si se parece a su pintura, es del tamaño y figura siguiente: las plumas de las alas son parte doradas y parte carmesí; es muy parecida al águila en contorno y tamaño. Cuentan (cuanto no creíble para mí) que ejecuta esta traza: parte desde Arabia y traslada al templo del Sol el cuerpo de su padre, conservado en mirra, y lo sepulta en el templo del Sol. Lo traslada así: forma ante todo un huevo de mirra, tan grande cuanto sea capaz de llevar, y luego prueba si puede cargarlo; hecha la prueba, lo vacía y mete a su padre; rellena con otra porción de mirra la concavidad en la que había puesto a su padre, hasta llegar, con el cadáver, al peso primitivo. Así conservado, lo lleva al templo del Sol en Egipto. He aquí lo que, según dicen, hace ese pájaro."

Otro testimonio acerca del Ave Fénix es de Plinio, quien en su *Historia Natural*, libro X, capítulo 2, dice: "La India y la Etiopía producen pájaros de muy variados colores y tales que la pluma no acierta a describirlos; pero el más famoso es el que nace en Arabia y que, a no ser que sea pura fábula, es único en el mundo y no se le ve sino raras veces. Dícese que es del tamaño del águila y que el plumaje que le rodea el cuello brilla como el oro; por lo demás, es de color púrpura con cola azul entremezclada de plumas rosa, con crestas debajo del cuello y la cabeza adornada con un penacho."

El primer escritor romano que hace referencia al Ave Fénix es Manilio, que asegura que nadie la ha visto comer, que en Arabia está consagrada al Sol y que vive quinientos sesenta años. En monumentos erigidos a comienzos de la XVIII dinastía egipcia aparece ya la figura del Ave Fénix, y en el *Libro de los Muertos* se habla de una cigüeña o garza, a la que llaman *benu*, que era uno de los símbolos sagrados, adorados en Heliópolis como símbolo del sol o alma de Ra. La fábula del resurgimiento de las cenizas del Ave Fénix es posterior y fue adoptada por los primeros Santos Padres de las Iglesias griega y latina como alegoría para explicar la Resurrección.

* Margarita Candón y Elena Bonnet en:
"Diccionario de frases hechas
de la lengua castellana".

Las prosas apátridas de Julio Ramón Ribeyro

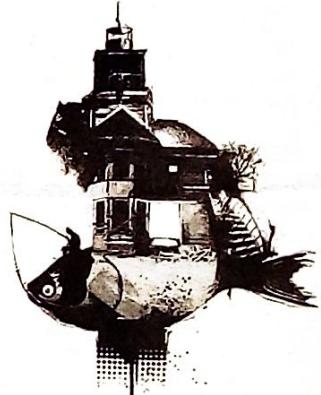
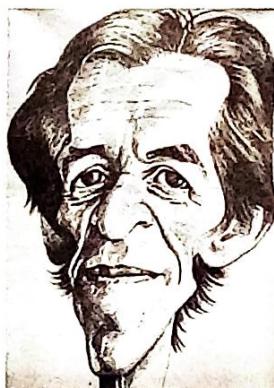
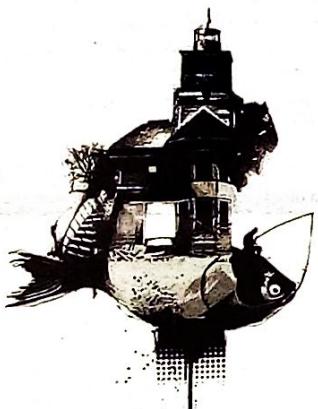
Fernando Aínsa *

"Los hombres cambian, pero las instituciones se perpetúan. Esos hotelitos desatados de calles como la rue Princesse o la rue de Orteaux, donde se alojan los peones que vienen del Mediterráneo, no son otra cosa que la versión moderna de los ergástulos romanos. No encuentro prácticamente ninguna diferencia entre un albañil argelino o portugués y un esclavo de la época de Diocleciano. En esos hotelitos los peones foráneos se instalan a perpetuidad y salen solamente para su trabajo todos los días o un día, el último, rumbo al cementerio". Esta es una reflexión de Julio Ramón Ribeyro, el escritor peruano que ha publicado en Barcelona un libro de título original: *Prosas apátridas*. A los cuarenta y cinco años, este delegado permanente adjunto del Perú ante la Unesco, se había descubierto ante una etapa de su vida que inevitablemente se cerraba y

en una agencia de noticias internacional, habían llamado la atención de la crítica sobre este escritor. El juicio fue unánime. Un crítico alemán, Wolfgang A. Luchting, llegó a escribir: "Yo creo que existen (y se ha establecido) tres grandes escritores en el Perú de estos días, Mario Vargas Llosa, José María Arguedas y Julio Ramón Ribeyro". Con una sonrisa escéptica pudo decir entonces y repetirnos ahora el propio Ribeyro: "Considero injusto entre Vargas Llosa, Arguedas y yo. El sitio del primero está refrendado por su calidad y su celebridad; el del segundo se consolidó, sobre todo después de su muerte. En tanto que yo, que no conozco de las prerrogativas de los vivos activos ni la ventaja de los muertos trágicos, no puedo reivindicar ninguna plaza en ningún escalafón, salvo en una especie de limbo literario donde ni nacido ni muerto espero algo así como el momen-

botellas y los hombres", ambos de 1964. También aquí Ribeyro, tal como había dicho el crítico peruano Julio Ortega, prefirió "el anónimo a la publicidad". La edición misma del libro era marginal. Eran libros mal impresos, estaban llenos de erratas y carecían de distribución fuera de la librería que los había impreso. Mientras tanto, Julio Ramón Ribeyro, como algunos de sus compañeros de generación —Enrique Congrains Martín, Carlos Zavaleta, Carlos Germán Belli— vivía literalmente a salto de mata, desempeñando todo tipo de oficios, trabajando para sobrevivir. Este signo de la marginalidad reaparece ahora en *Prosas apátridas*. El libro ha sido editado por Tusquets en una colección llamada "Cuadernos marginales". ¿Simple coincidencia o se trata de un libro marginal? "Lo más probable es que lo sea —nos dice resignadamente—. Es un libro de apuntes y reflexiones.

años como periodista, es diplomático. Como ministro consejero del Perú ante la Unesco puede decir que "la diplomacia enseña mucho, aunque entraña el peligro de darnos a veces una visión cosmopolita y superficial de la realidad. La profesión ideal para un escritor sería poder ser escritor. Pero esto casi nunca es posible". Este escepticismo actual no es nuevo. Cuando en 1973, Ribeyro conoció el éxito y la popularidad en el Perú, un ácido sarcasmo brotaba desde el título del libro que lo consagraba: La palabra del mudo. Además descubría que asistir tímidamente a su propia celebración no significaba nada. Acababa de superar una grave enfermedad que lo había puesto al borde de la muerte y descubría —como Proust— que a los hombres les llega casi siempre lo que han esperado de la vida, sólo que tarde. En "Prosas apátridas", frente a su inmensa biblioteca, se dice: "Y entre estos



con muchas páginas sueltas que habían venido quedando aisladas y fuera del contexto de sus obras más conocidas. "No soy yo el apátrida, lo son las prosas que forman el libro. Sencillamente porque carecen de patria literaria —explica a lo largo de una cordial entrevista—. Son textos que escribí sin un objeto preciso, con la vaga idea de incluirlos luego en alguna novela, cuento o ensayo, pero que se quedaron sin destino, desamparados. Es así que decidí reunirlos, dotarlos de un espacio común, a pesar de su diferente origen, motivo o inspiración. De allí el título de *Prosas apátridas*". Julio Ramón Ribeyro conoce ahora el éxito. Literariamente hablando se ha dicho que 1973 fue en el Perú "el año Ribeyro". La publicación de La palabra del mudo en una cuidada edición peruana, la aparición de La juventud en la otra ribera y la reedición de Los geniecillos dominicales (Premio Nacional de novela, 1965), unidas a su regreso a Lima tras varios años de vida en París, donde había trabajado como periodista

to de algún improbable Juicio Final". Este Juicio Final aparece ahora conjurado en la cita de Rabindranath Tagore que Ribeyro utiliza como epígrafe de sus *Prosas apátridas*: "El botín de los años inútiles, que con tanto celo guardaste, disípallo ahora: te quedará el triunfo desesperado de haber perdido todo".

Julio Ramón Ribeyro en París en los años sesenta

La utilidad de los años inútiles ¿A qué llama Julio Ramón Ribeyro sus años inútiles? Sus libros se han escalonado regularmente de 1955 a la fecha, redondeando una visión del mundo homogénea y profundamente peruana. En Los gallinazos sin pluma (1955) el tema central eran los seres marginales de la realidad y los suburbios limeños. Estos outsiders no estaban marcados por ninguna teoría existencial, eran los representantes de la marginalidad a que lleva la pobreza y la ignorancia. El mismo tono aparentemente impersonal, asordinado y falsamente naturalista reaparece en Cuentos de circunstancias (1958). Pero en la tensión de esa objetividad se adivinaban las fisuras que tiene el mundo de las apariencias cotidianas: lo irreal, la crudidad, la injusticia estaban presentes en esos cuentos, como lo estarían en "Tres historias sublevantes" y "Las

Los lectores prefieren ahora novelas extremadamente complicadas, gruesos tratados que les dan la ilusión de vivir intensamente su actualidad". Pero estas reflexiones y apuntes parecen servir para entender esos tratados o captar su secreto sentido. Así escribe Ribeyro en sus Prosas: "Lectura del tomo quinto de la Historia de Francia, de Michelet. Así como yo olvido los detalles de esto que leo y no guardo más que una impresión general de malestar y de horror, aparte de tres o cuatro anécdotas, el mundo olvida su propia historia, no la interroga y no saca de ella ninguna enseñanza. Diríase que la historia se ha hecho para olvidarse. ¿Qué humano, a no ser un especialista, reflexiona ahora sobre las exacciones que sufrieron los judíos bajo Felipe el Hermoso o sobre la confiscación y destrucción de los templarios? Por ello mismo, en la historia que se escribe en el año tres mil, la segunda guerra mundial, que tanto costó a la humanidad, ocupará tan sólo un párrafo y la guerra de Vietnam una nota al fin del volumen que muy pocos se darán el trabajo de leer. La explicación reside en que el hombre no puede al mismo tiempo enterarse de la historia y hacerla, pues la vida se edifica sobre la destrucción de la memoria." Los objetivos ilusorios Ahora Ribeyro, tras sus

libros perdidos (los parásitos, los que nadie lee), los que yo he escrito. No digo en cien años, en diez, en veinte. ¡Qué quedará de todo esto! Diríase que la gloria literaria es una lotería y la perduración estética un enigma." En 1973, respondiendo a una de las numerosas entrevistas que marcaron su visita a Lima, dijo a un prologuista, el crítico peruano José Miguel Oviedo: "De joven había soñado realmente con alcanzar la fama literaria, ser reconocido como un auténtico escritor: ahora que todo el mundo me dice que lo soy, siento que ya no me interesa, que tal vez he corrido tras un objetivo ilusorio y que no valía tanto la pena." Valga o no la pena el éxito literario, Ribeyro sigue trabajando intensamente. Entretanto, las formas más auténticas del arraigo pueden pasar, pues, por las mejores *Prosas apátridas*, una fórmula que como peruano y latinoamericano, ha sabido entender en su sentido más profundo y sutil: el que da haber sido marginal no por voluntad propia, sino por la necesidad de la pobreza.

* Fernando Aínsa (1937).
Escritor y crítico uruguayo de origen español.
resonancias.org

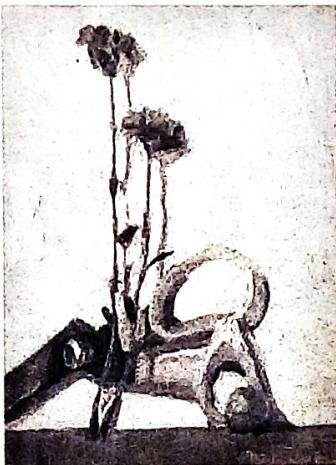
Medusa

Giovanna Rivero *

Desde entonces, cuando me ve, se cruza a la otra vereda. Esto, no lo puedo negar, me causa intensa satisfacción; claro que también debo reconocer que la satisfacción no borra todo el dolor que ella me ha ocasionado. A él no lo culpo. Él cayó como un pajarito desplumado entre sus fauces de zorra hambrienta. Pero de paso le hice saber a él, a mi marido, que la próxima víctima bien podría ser él mismo, que ni todo el amor que le tengo podría detener mi furia, porque si de zorras se trata yo sé ser de las mejores.

Al principio no me di cuenta, hay tantos tipos en el taller, tanta testosterona junta, que él ingreso de cualquier mujercita causa revuelo. Y esta mujercita en particular no significaba ningún peligro: las caderas tan angostas como las de un muchachito, los pechos, ¡ja!, los pechos: dos vértices diminutos como picadas de abejas; lo único que avisaba su feminidad era ese pelo negro, negrísimo, esa cascada de tinieblas enmarcándole su cara de mosquita muerta. Ella conocía su arma porque se pintaba el pico de rojo púrpura para que contrastara con su cabellera nocturna. Y la muy perra se iba de moño, fingiendo una discreción que jamás tuvo; recién cuando veía a mi marido se soltaba la hebilla como quien no quiere la cosa y el pelo se le alborotaba libre al viento, extendiéndose como una medusa de irresistibles tentáculos. ¡La muy pulpa!

El bruto de mi marido, siempre debajo de los camiones, con las manos engrasadas y el sudor cubriendo el pecho, apenas la veía se escurría para salir de debajo del vehículo y ella le alcanzaba el refresco de miel con tanta cortesía que ahí sí empecé a sospechar. A los



demás, por ejemplo, al tuerto y a Mendoza, les asentaba el vaso cerca de las herramientas y ni se acercaba a ellos dizque para no ensuciarse su delantal. Otro día, cuando la medusa azabache pensó que yo no estaba, seguró porque vio al tuerto en la caja haciendo los cobros, se paró delante del Volvo que mi marido estaba arreglando y se puso de cuclillas para mostrarle lo que ya sabemos, casi pude jurar que no llevaba ropa interior. Me quedé congelada dentro del baño y desde una rendija vi cómo mi marido se acercaba despacito y se metía entre las piernas flacas de la medusa, y ella ¡ja! hayan visto! Inclinó la cabeza para cubrirle los hombros engrasados al estúpido de mi marido con su pelo negro negrísimo. Fue por eso que no pude ver más, pero me lo supongo, me lo supongo...

Así decidí urdir mi plan. Me puse de

acuerdo con el tuerto, que es nomás un perro fiel, y le ordené que la siguiera. Me enteré que la medusa cuida su pelo con compotas de palta, y se lo cepilla cien veces por la mañana y cien veces por la noche. Supe que va a la peluquería una vez a la semana para que le saquen los picados y le den masajes y luego se lo arrolla en un moño porque ese encanto solo se lo regala al baboso de mi marido. Ese y otros de sus flacos encantos, seguro.

¿Qué podía hacer yo? Imaginarán que mi plan fue drástico. Saqué todos mis ahorros del banco y yo también me fui a la peluquería. Le dije a la peluquera que quería el pelo brillante y vaporoso, dulce como la miel de los refrescos que la muy puta lleva al taller, intenso como el deseo que los camioneros le tienen a la medusita de pacotilla.

Como todas las peluqueras del mundo, me dio charla y yo acepté encantada. Esa era la idea.

—Los hombres son infieles por naturaleza —me dijo.

—Y las mujeres putas por naturaleza —repuse yo. Admito que sangraba por la herida.

—No diga eso señora, que nos incluye.

—Tiene razón, pero... ¡sabe qué? A esas hay que darles una lección.

—Pero si los hombres son los culpables, señora.

—¡Ah! Pero como ahora escasean, hay que espantar a las moscas.

—¡Y cómo podríamos espantar a las moscas?

—¡Matándolas!

—¡Ay, Jesús María! Ni diga eso, que el otro día vino una señora, así rabiosa como está usted

ahora, con las disculpas de usted, y me contó que le desfiguró la cara a la amante de su marido con un cuchillo de deshuesar pollos.

—¡Bien hecho...! Claro que yo me atrevía a tanto, sobre todo si la amante ya está desfigurada.

—¿Cómo es eso?

—Si es fea. Si no tiene buena figura, si es una flacucha sin carnes donde cabalgan.

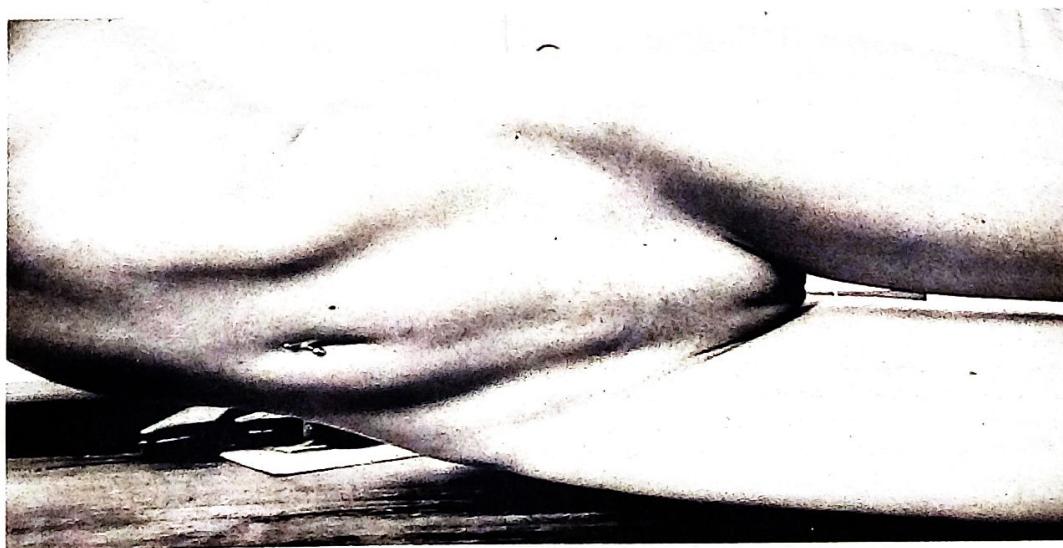
La peluquera se ruborizó y supo que ahí debía proponerle mi plan. Saqué todos mis ahorros de mi cartera y cuando ella vio la cantidad aceptó. La modestia, lamentablemente, no es incorruptible.

Fue así como la siguiente semana, y esto me lo contó el tuerto con lujo de detalles, la medusa negra fue a la peluquería fingiendo su cotidiana discreción y se sentó muy dueña de sí en el sillón giratorio. Pidió lo de siempre: "quiteme los picaditos, que luzca como seda".

La peluquera cepilló la larga cabellera de la flacucha y, sin darle tiempo a que el estupor de la medusa reaccionara, tomó las tijeras y le cortó el cabello de raíz, dejándola como un espantapájaros. No, como un espantapájaros no... como una tuna florecida, como un cactus huérano, solitito en el desierto, una tuna horrible, deforme y flaca.

Desde entonces, cuando me ve, se cruza a la otra vereda. Y mi marido sabe bien que las tijeras funcionan. Mientras tanto, yo llevo un atadito de su pelo ónix en mi cartera, como un amuleto contra las lobas en celo.

* Giovanna Rivero. Santa Cruz, 1972. Comunicadora, escritora y narradora.



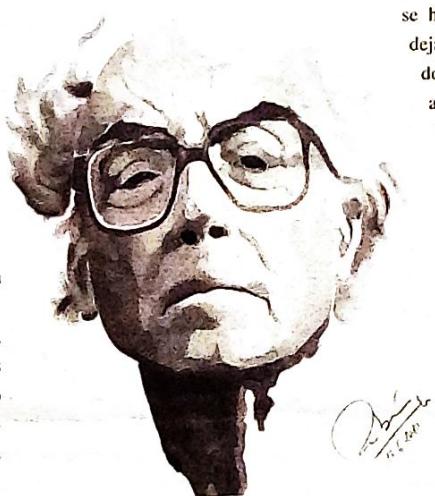


José Saramago: "El hombre más sabio que he co-

Fragmento del discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura 1998 recibido por

El hombre más sabio que he conocido en toda mi vida no sabía leer ni escribir. A las cuatro de la madrugada, cuando la promesa de un nuevo día aún venía por tierras de Francia, se levantaba del catre y salía al campo, llevando hasta el pasto la media docena de cerdos de cuya fertilidad se alimentaban él y la mujer. Vivían de esta escasez mis abuelos maternos, de la pequeña cría de cerdos que después del desmame eran vendidos a los vecinos de nuestra aldea de Azinhaga, en la provincia del Ribatejo. Se llamaban Jerónimo Melrinho y Josefa Caixinha esos abuelos, y eran analfabetos uno y otro. En el invierno, cuando el frío de la noche apretaba hasta el punto de que el agua de los cántaros se helaba dentro de la casa, recogían de las pocilgas a los lechones más débiles y se los llevaban a la cama. Debajo de las mantas ásperas, el calor de los humanos libraba a los animalillos de una muerte cierta. Aunque fuera gente de buen carácter, no era por primores de alma compasiva por lo que los dos viejos procedían así: lo que les preocupaba, sin sentimentalismos ni retóricas, era proteger su pan de cada día, con la naturalidad de quien, para mantener la vida, no aprendió a pensar mucho más de lo que es indispensable. Ayudé muchas veces a éste mi abuelo Jerónimo en sus andanzas de pastor, cavé muchas veces la tierra del huerto anejo a la casa y corté leña para la lumbre, muchas veces, dando vueltas y vueltas a la gran rueda de hierro que accionaba la bomba, hice subir agua del pozo comunitario y la transporté al hombro, muchas veces, a escondidas de los guardas de las cosechas, fui con mi abuela, también de madrugada, pertrechados de rastrillo, paño y cuerda, a recoger en los rastrojos la paja suelta que después habría de servir para lecho del ganado. Y algunas veces, en noches calientes de verano, después de la cena, mi abuelo me decía: "José, hoy vamos a dormir los dos debajo de la higuera". Había otras dos higue-

ras, pero aquélla, ciertamente por ser la mayor, por ser la más antigua, por ser la de siempre, era, para todas las personas de la



casa, la higuera. Más o menos por Antonomasia, palabra erudita que sólo muchos años después acabaría conociendo y sabiendo lo que significaba. En medio de la paz nocturna, entre las ramas altas del árbol, una estrella se me aparecía, y después, lentamente, se escondía detrás de una hoja, y, mirando en otra dirección, tal como un río corriendo en silencio por el cielo cóncavo, surgía la claridad traslúcida de la Vía Láctea, el camino de Santiago, como todavía le llamábamos en la aldea. Mientras el sueño llegaba, la noche se poblaba con las historias y los sucesos que mi abuelo iba contando: leyendas, apariciones, asomibros, episodios singulares, muertes antiguas, escaramuzas de palo y piedra, palabras de antepasados, un incansable rumor de memorias que me mantenía despierto, al mismo que suavemente me acunaba. Nunca supe si él se callaba cuando descubría que me había dormido, o si seguía hablando para no dejar a medias la respuesta a la pregunta que invariablemente le hacía en las pausas más demoradas que él, calculadamente, introducía en el relato: "¿Y después?" Tal vez repitiese las historias para sí mismo, quizás para no olvidarlas, quizás para enriquecerlas con peripecias nuevas. En

aquella edad mía y en aquel tiempo de todos nosotros, no será necesario decir que yo imaginaba que mi abuelo Jerónimo era señor de toda la ciencia del mundo. Cuando, con la primera luz de la mañana, el canto de los pájaros me despertaba, él ya no estaba allí, se había ido al campo con sus animales, dejándome dormir. Entonces me levantaba, doblaba la manta, y, descalzo (en la aldea anduve siempre descalzo hasta los catorce años), todavía con pajas enredadas en el pelo, pasaba de la parte cultivada del huerto a la otra, donde se encontraban las pocilgas, al lado de la casa. Mi abuela, ya en pie desde antes que mi abuelo, me ponía delante un tazón de café con trozos de pan y me preguntaba si había dormido bien. Si le contaba algún mal sueño nacido de las historias del abuelo, ella siempre me tranquilizaba: "No hagas casó, en sueños no hay firmeza". Pensaba entonces que mi abuela, aunque también fuese una mujer muy sabia, no alcanzaba las alturas de mi abuelo, ese que, tumulado debajo de la higuera, con el nieto José al lado, era capaz de poner el universo en movimiento apenas con dos palabras. Muchos años después, cuando mi abuelo ya se había ido de este mundo y yo era un hombre hecho, llegué a comprender que la abuela, también ella, creía en los sueños. Otra cosa no podría significar que, estando sentada una noche, ante la puerta de su pobre casa, donde entonces vivía sola, mirando las estrellas mayores y menores de encima de su cabeza, hubiese dicho estas palabras: "El mundo es tan bonito y yo tengo tanta pena de morir". No dijo miedo de morir, dijo pena de morir, como si la vida de pesadilla y continuo trabajo que había sido la suya, en aquel momento casi final, estuviese recibiendo la gracia de una suprema y última despedida, el consuelo de la belleza revelada. Estaba sentada a la puerta de una casa, como no creo que haya habido alguna otra en el mundo, porque en ella vivió gente capaz de dormir con cerdos como si fueran sus propios hijos, gente que tenía pena de irse de la vida sólo porque el mundo era bonito, gente, y ése fue mi abuelo Jerónimo, pastor y contador de historias, que, al presentir que la muerte venía a bus-

carlo, se despidió de los árboles de su huerto uno por uno, abrazándolos y llorando porque sabía que no los volvería a ver. Muchos años después, escribiendo por primera vez sobre este mi abuelo Jerónimo y ésta mi abuela Josefa (me ha saltado decir que ella había sido, según cuantos la conocieron de joven, de una belleza inusual), tuve conciencia de que estaba transformando las personas comunes que habían sido en personajes literarios y que ésa era, probablemente, la manera de no olvidarlos, dibujando y volviendo a dibujar sus rostros con el lápiz siempre cambiante del recuerdo, coloreando e iluminando la monotonía de un cotidiano opaco y sin horizontes, como quien va recreando sobre el inestable mapa de la memoria, la irrealidad sobrenatural del país en que decidió pasar a vivir. La misma actitud de espíritu que, después de haber evocado la fascinante y enigmática figura de un cierto bisabuelo berebere, me llevaría a describir más o menos en estos términos un viejo retrato (hoy ya con casi ochenta años) donde mis padres aparecen. "Están los dos de pie, bellos y jóvenes, de frente ante el fotógrafo, mostrando en el rostro una expresión de solemne gravedad que es tal vez temor delante de la cámara, en el instante en





“nacido en toda mi vida no sabía leer ni escribir”

el escritor, novelista, poeta, periodista y dramaturgo portugués José de Sousa Saramago.

que el objetivo va a fijar de uno y del otro la imagen que nunca más volverán a tener, porque el día siguiente será implacablemente otro día. Mi madre apoya el codo derecho en una alta columna y sostiene en la mano izquierda, caída a lo largo del cuerpo, una flor. Mi padre pasa el brazo por la espalda de mi madre y su mano callosa aparece sobre el hombro de ella como un ala. Ambos pisaron juntos una alfombra floreada. La tela que sirve de fondo postizo al retrato muestra unas difusas e incongruentes arquitecturas neoclásicas". Y terminaba: "Tendría que llenar el día en que contaría estas cosas. Nada de esto tiene importancia a no ser para mí. Un abuelo berebere, llegando del norte de África, otro abuelo pastor de cerdos, una abuela maravillosamente bella, unos padres graves y hermosos, una flor en un retrato qué otra genealogía puede importarme? En qué mejor árbol me apoyaría?"

Escribí estas palabras hace casi treinta años sin otra intención que no fuese reconstituir y registrar instantes de la vida de las personas que me engendraron y que estuvieron más cerca de mí, pensando que no necesitaría explicar nada más para que se supiese de dónde vengo y de qué materiales se hizo la persona que comencé siendo y ésta en que poco a poco me he convertido. Ahora descubro que estaba equivocado, la biología no determina todo y en cuanto a la genética, muy misteriosos habrán sido sus caminos para haber dado una vuelta tan larga. A mi árbol genealógico (perdóñese la presunción de designarlo así, siendo tan menguada la sustancia de su savia) no le faltaban sólo algunas de aquellas ramas que el tiempo y los sucesivos encuentros de la vida van desgajando del tronco central. También le faltaba quien ayudase a sus raíces a penetrar hasta las capas subterráneas más profundas, quien apurase la consistencia y el sabor de sus frutos, quien ampliase y robusteciese su copa para hacer de ella abrigo de aves migratorias y amparo de nidos. Al pintar a mis padres y a mis abuelos con tintas de literatura, transformándolos de las simples personas de carne y hueso que habían sido, en personajes nuevamente y de otro modo constructores de mi vida, estaba, sin darme cuenta, trazando el camino por donde los personajes que habría de

inventar, los otros, los efectivamente literarios, fabricarían y traerían los materiales y las herramientas que, finalmente, en lo bueno y en lo menos bueno, en lo bastante y en lo insuficiente, en lo ganado y en lo perdido, en aquello que es defecto pero también en aquello que es exceso, acabarían haciendo de mí la persona en que hoy me reconozco: creador de esos personajes y al mismo tiempo criatura de ellos. En cierto sentido se podría decir que, letra a letra, palabra a palabra, página a página, libro a libro, he venido, sucesivamente, implantando en el hombre que fui los personajes que creé. Considero que sin ellos no sería la persona que hoy soy, sin ellos tal vez mi vida no hubiese logrado ser más que un esbozo impreciso, una promesa como tantas otras que de promesa no consiguieron pasar, la existencia de alguien que tal vez pudiese haber sido y no llegó a ser.

Ahora soy capaz de ver con claridad quiénes fueron mis maestros de vida, los que más intensamente me enseñaron el duro oficio de vivir, esas decenas de personajes de novela y de teatro que en este momento veo desfilar ante mis ojos, esos hombres y esas mujeres, hechos de papel y de tinta, esa gente que yo creía que iba guiando de acuerdo con mis conveniencias

de narrador y obedeciendo a mi voluntad de autor, como títeres articulados cuyas acciones no pudiesen tener más efecto en mí que

un salario y de condiciones de trabajo que sólo merecerían el nombre de infames. Cobrando por menos que nada una vida a la que los seres cultos y civilizados que nos preciamos de ser llamamos, según las ocasiones, preciosa, sagrada y sublime. Gente popular que conocí, engañada por una Iglesia tan cómplice como beneficiaria del poder del Estado y de los terratenientes latifundistas, gente permanentemente vigilada por la policía, gente, cuántas y cuántas veces, víctima inocente de las arbitrariedades de una justicia falsa. Tres generaciones de una familia de campesinos, los Mal-Tiempo, desde el comienzo del siglo hasta la Revolución de Abril de 1974 que derrumbó la dictadura, pasan por esa novela a la que di el título de *Alzado del suelo* y fue con tales hombres y mujeres del suelo levantados, personas reales primero, figuras de ficción después, con las que aprendí a ser paciente, a confiar y a entregarme al tiempo, a ese tiempo que simultáneamente nos va construyendo y destruyendo para de nuevo construirnos y otra vez destruirnos. No tengo la seguridad de haber asimilado de manera satisfactoria aquello que la dureza de las experiencias tornó virtud en esas mujeres y en esos hombres: una actitud naturalmente estoica ante la vida. Teniendo en cuenta, sin embargo, que la lección recibida, pasados más de veinte años, permanece intacta en mi memoria, que todos los días la siento presente en mi espíritu como una insistente convocatoria, no he perdido, hasta ahora, la esperanza de llegar a ser un poco más merecedor de la grandeza de los ejemplos de dignidad que me fueron propuestos en la inmensidad de las planicies del Alentejo. El tiempo lo dirá.

el peso soportado y la tensión de los hilos con que los movía. De esos maestros el primero fue, sin duda, un mediocre pintor de retratos que designé simplemente por la letra H., protagonista de una historia a la que creo razonable llamar de doble iniciación (la de él, pero también, de algún modo, la del autor del libro, protagonista de una historia titulada "Manual de pintura y caligrafía", que me enseñó la honradez elemental de reconocer y acatar, sin resentimientos ni frustraciones, sus propios límites: sin poder ni ambicionar aventurarme más allá de mi pequeño terreno de cultivo, me quedaba la posibilidad de cavar hacia el fondo, hacia abajo, hacia las raíces. Las misas, pero también las del mundo, si podía permitirme una ambición tan desmedida. No me compete a mí, claro está, evaluar el mérito del resultado de los esfuerzos realizados, pero creo que es hoy patente que todo mi trabajo, de ahí para adelante, obedeció a ese propósito y a ese principio.

Vinieron después los hombres y las mujeres del Alentejo, aquella misma hermandad de condenados de la tierra a que pertenecieron mi abuelo Jerónimo y mi abuela Josefa, campesinos rudos obligados a alquilar la fuerza de los brazos a cambio de



página

“Nada de lo humano me es indiferente”

Alfonso Gamarra Durana *

Una energía forma al hombre

Hay una razón física que explica el primer movimiento de las moléculas acusosas que ocasionan una suave ondulación y posteriormente, al sumarse con otras, determinan los grandes oleajes que tiene el océano.

Si utilizamos al piélagos como explicación de la génesis del hombre y a la humanidad como una resultante multiplicada y multitudinaria de este, no es solamente por sublimar liricamente las manifestaciones de ambos. La incesante actividad del mar no carece de una fin determinado pues los extraordinarios de esta masa líquida no están en lo que efectúa un fenómeno undoso. Igualmente, el hombre que no es un organismo estático obliga al género humano a un impulso interminable y expansivo. El desarrollo orgánico empieza por realizarse en una forma de egoísmo biológico, animado por una energía especial que hace a sus células proliferar y especializarse. Pero también lleva en latencia una fuerza que le hace conquistar en el ambiente lo necesario para su existencia en un dramático intercambio con el medio. Su magnífica tarea en la vida es dejarla al descubierto, conquistando sus secretos, inventando nuevas producciones dinámicas con la energía obtenida de su mismo cosmos. Todas estas condiciones son la consecuencia maravillosa de lo que el organismo vivo ha implementado.

Esa lenta espiral que comienza con el origen del minúsculo y primitivo ser viviente en el incommensurable océano se extiende cada vez en mayor amplitud, centrifugada por un caudal de ideas generadoras de otras nuevas.

El sujeto ya desarrollado se influye a sí mismo tanto como influye en sus congéneres y mientras más expande su capacidad, se carga de reminiscencias y aprendizajes como persona y como especie, lo que constituye el fundamento de sus producciones futuras al llegar a ser lo que él permite que sea. Es proceso en formación, que simultáneamente busca concluir una obra extracorpórea, ya que tiene la necesidad de completarse construyendo un mundo más complejo.

El evangelista al escribir sobre “*aquella luz verdadera que alumbría a todo hombre*” habrá querido señalar a esa individualidad atesorada en uno mismo que superando su virtualidad ejecuta la entrega espiritual para unos fines que no alcanza a comprender.

El sociólogo, el historiador, el antropólogo, el matemático, intervienen en distintos aspectos relacionados con el hombre, que no es visto como una “autómata

behaviorista ni tampoco como un frasco ambulante de aminoácidos y enzimas” (Joseph Needham de la Universidad de Cambridge). Cada uno considera la suya como una disciplina que entiende a la naturaleza humana. Pero quizás ninguna como la ciencia biológica, que será la madre de las ciencias, que trata de hallar la fuerza que brota como concepción propia y como florescencia del alma. El intelectual debe filosofar cuando trate cualquier tema referido al hombre. Por abusales que parezcan su –todavía– incógnitas, debe de meditar inagotablemente. Transferir a cualquier ciencia lo que Paracelso en el siglo XVI afirmaba: “*Es burda cosa para un médico llamarse médico y hallarse vacío de filosofía y no saber de ella*”.

Una organización concreta e independiente

El ser humano es un derivado condensado del mar. Del infinito océano surgió como una célula, y juntándose miles de células originaron la unidad aparentemente sólida de un cuerpo. Estas mantuvieron el equilibrio de su constitución química y sus elementos fundamentales fueron agua y sal. En los estudios de Macallum se señaló que los vertebrados aparecieron en la era paleozoica, y que del agua marina emigraron al agua dulce y de allí emergieron a la tierra. No obstante que estos

animales han sufrido mutaciones y transformaciones, por acción de las contingencias exteriores, su medio interno se ha mantenido constante.

Aquel autor indicó que el mar primitivo tenía nueve gramos de sal común por litro de agua, o sea que tenía una relación semejante a lo que hoy se denomina solución salina isotónica, que es la concentración necesaria semejante a lo que hoy se denomina solución salina isotónica, que es la concentración necesaria para conservar la proporción de sustancias en el organismo.

Por otra parte, el agua, en condiciones normales, significa más del 70 % del peso corporal. Proporcionalmente el niño tiene más agua que el adulto y este más que el viejo. En conclusión, el ser humano es una integridad líquida cuya estructura formada de tejidos peculiares los presenta como una entidad sólida en cuanto ocupa su propio espacio, colinda con otros espacios humanos, a los cuales su espesor no le permite invadir, y tiene que servirse del alimento que le ofrece su medio exterior para conservar su existencia y su individualidad.

En este ser alcanzaron los órganos internos una especialización funcional. Algunos de ellos en vez de regirse por una relación dependiente de su entorno director, adoptaron un funcionamiento encendido a regiones especiales que debían guardar una

interrelación y control de sus hechos fisiológicos. La acción de las hormonas patentiza que la estructura humana no se conserva como derivada de otra semejante pues trata de adaptarla a la existencia solitaria como si hubiera sido creada para vivir aisladamente. Aun cuando la continuación de la especie radica en el vínculo con las entrañas maternas que forman el cuerpo nuevo, el ser humano deviene, por determinación hereditaria, en una organización concreta e independiente. Al separarse de la madre, el sistema nervioso y los órganos de especialización extraordinaria que son los sentidos no le sirven para integrarse a la naturaleza sino para percibir lo que le rodea, como información y, asimismo, como acto de defensa. Las hormonas, por su parte, son las controladoras de la independencia orgánica y las que mantienen la privacidad del individuo, pues su acción es interna, impide la aproximación al mundo exterior, y ejerce la coordinación funcional de la unidad orgánica.

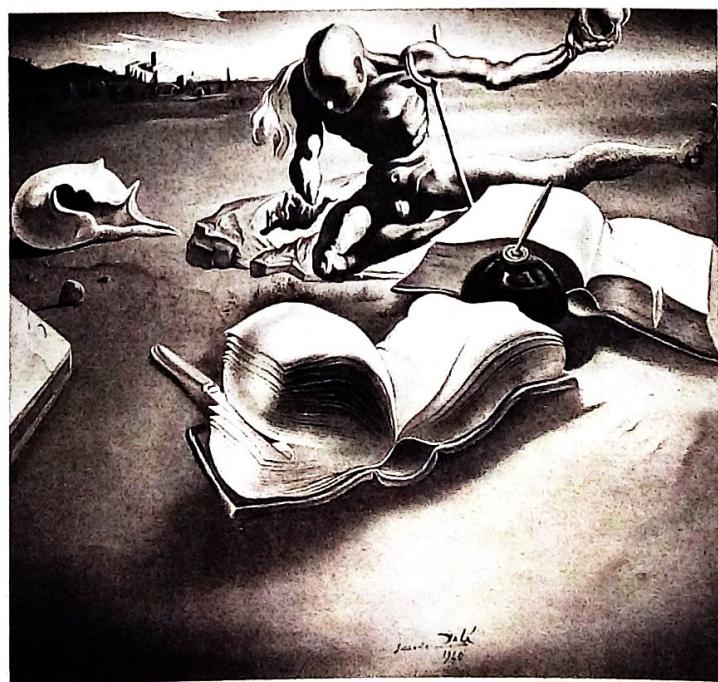
La existencia del ser vivo tendría como finalidad el producir la vitalidad interna y sostener la fuerza escondida que origina las labores específicas de células, tejidos y órganos. Elemento de secundaria significación sería la relación contraída con el medio externo.

La índole del ser humano es determinar su especialización de carácter, valorando su capacidad y sus posibilidades de subsistencia. Si se afirma libre de intervenciones foráneas, las gestiones funcionales pluriglandulares se abastecen para llevar un sistema de acción simple y espontánea. Una existencia autónoma porque tiene una constitución unitaria. Se servirá de los acontecimientos naturales para compensar sus necesidades; mas cuando estos sobrepasan su acción, el dispositivo complejo de los órganos reacciona de manera proporcional al tipo de agresión. Luego despierta la constelación endocrina que activa la eficacia del diencéfalo y el sistema nervioso central, arrastrando de allí en adelante a la totalidad del organismo a establecer las respuestas patofisiológicas y fenómenos biológicos inesperados “*aegri paroxysmus atrocior*” (Un paroxismo demasiado atroz del individuo. T. Sydenham) para tomar una franca actitud de alarma.

La posición del hombre en su medio

En un proceso mayor de adaptación al medio, el cuerpo experimentará el fortalecimiento de algunos órganos o la hiperfuncionalidad de otros. Será una forma de mantenerse en expectativa biológica contra la obstinación de presiones agresoras. La repetición de una acción específica externa no obligará a la aparición de un nuevo órgano sino que los tejidos ya existentes incrementarán sus propias suficiencias ya sea

Sigue en la Pág. 9



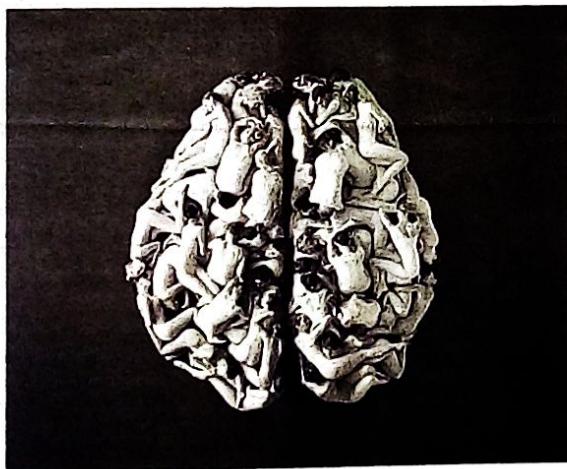
produciendo más reacciones químicas o más adecuadas hormonas, o motorizando finalmente una mayor actividad en el movimiento especial y cronológico.

La serie de circunstancia externas provocan reacomodaciones cardinales de los planes biológicos y se convoca a un juego más acelerado de humores y fluidos, modificando su orden natural.

En la especie humana una inmutabilidad en la constitución global pero suficientemente maleable para que pueda reaccionar ante los estímulos desmedidos con formas generales de reordenamiento metabólico. En los tiempos actuales, sobre la esfera mental se manifiestan las mayores presiones. Los sentidos, los nervios sensitivos y la psique misma reciben una sobrecarga de percepciones que no era habitual en siglos anteriores. Cualquier segmento de la percepción es presa del abuso, en cuanto a velocidad, ruido, sustancias alucinógenas, elementos bélicos, acometidas morales. Estos ataques no ejercitan el mismo grado de injuria sobre todos los órganos pues imponen su efecto por orden decreciente de susceptibilidad, dependiendo de la estructura de los tejidos y

elementos, por haber sido creados para actuar en interrelación y haber sido formados aislados del exterior pero completables en su adaptación interna no son irreales o inconcretos. Por el contrario, la evolución ha logrado la superación orgánica, resistiendo las agresiones y subsistiendo en un ambiente hostil gracias a una experiencia pacientemente ganada. El hombre ha dejado de contenerse en las fronteras de su piel o en la inmediatez de sus sentidos y ha desarrollado una atención inteligente, que es una vigilancia constante, móvil, diferenciada, hacia el universo. Su ámbito que primigeniamente era reducido, se ha extendido hacia un espacio ilimitado social y científico. Durante siglos de evolución ha luchado porque nada se inmiscuya en su interior funcional; ahora es, al mismo tiempo, punto de convergencia y centro de irradiación de todos los estudios.

El acto de crear ideas le da conciencia de su propia existencia. Los razonamientos que se forma le llevan a comprobar las constituciones de sus semejantes, de los seres inferiores y de las cosas que le rodean. Se sirve de las percepciones para aumentar su saber, y de la mejor función cerebral para guardar en la



de la distinta rapidez de su implantación. Simultáneamente empalman los distintos sistemas por una trama de comunicaciones nerviosas y hormonales, asociando las simplicidades anatómicas con complejidades funcionales. Además determinan cambios en la personalidad y, como los hilos de relación entre la conciencia y los planos orgánicos son incógnitos, no se presente el umbral de la primera si estos se trastornan.

El tiempo en que vivimos hace rechazar el término filosófico primitivo de *atarakthos* o sea un estado del cuerpo libre de alteraciones o perturbaciones. Ya no puede ser este una entidad firma apropiada para aferrarse a su medio y resistir los ataques. Más bien, la definición de Julián Marías en su profundo tratado sobre la ataraxia nos permite aceptar la ubicación del ser en el universo actual: "Un sereno y tenso estado de alerta frente a todo peligro inesperado".

El hombre ya no puede ser una abstracción en su medio natural. Sus

memoria sus experiencias anteriores. Asocia el conocimiento adquirido para pronunciar dogmáticamente su juicio. El ser humano parece haber adoptado este pensamiento: "Siempre que los fenómenos presentan alguna precaución en las regiones de la duda".

Resultado final: que el hombre, primitivamente un misterio, supera su realidad o espacio individual que es verticalmente limitado, para resolver los enigmas de una naturaleza horizontalmente desconocida.

Resumiría su destino en la significativa frase de Terencio: "*Homo sum humani nihil a me alienum puto*" Hombre soy; nada de lo que es humano me es ajeno.

* Alfonso Gamarra Durana.
Oruro, 1931 – 2014. Médico,
Académico de la Lengua.

De su libro "Perpendiculares" 2004

La novicia

Irma María Magnani Valdez *

Soy la novicia más joven de este convento y me preparo para tomar mis primeros votos. No sé si tengo vocación verdadera o no; sin embargo, esta es la única vida que conozco.

Mis padres me trajeron al convento cuando solo tenía seis años en cumplimiento de una promesa hecha a Dios por una gracia recibida y yo resulté siendo la moneda de pago.

Siempre me gustó la tranquilidad, el silencio del claustro y la obediencia a la regla no me significó gran sacrificio. De pequeña me sentía muy atrapada por la idea de la santidad; ahora tengo algunas dudas pero todavía creo que esta puede ser una buena manera de pasar por este mundo.

Este último año, antes de tomar los votos, lo pasaremos en medio de prolongados ejercicios espirituales, meditación y oración en solitario. Entre la Madre Superiora y el nuevo sacerdote, enviado por el Obispo, decidirán quiénes de nosotras ya estamos preparadas para la siguiente etapa de la vida religiosa.

El nuevo sacerdote me causó muy buena impresión. Creo que puedo decir que me agrada su trato y además, sus ojos y su mirada inspiran comprensión e inspiran confianza.

A parte de los períodos de instrucción religiosa, la asistencia a la Santa Misa, la comunión y el rezo del rosario, diariamente tenemos largas conversaciones privadas con nuestro sacerdote guía para que vaya evaluando nuestro desarrollo espiritual.

Entre las novicias está terminantemente prohibido que comentemos las conversaciones sostenidas con nuestro guía espiritual; por tanto, ignoso si a las otras novicias les dedica tanto tiempo como me lo dedica a mí. Dice que todavía no está convencido de que mi vocación sea verdadera. Esa es la duda que empieza a atormentarme hasta el punto de no poder dormir, comer ni cumplir con las otras obligaciones dentro del convento.

Así van pasando los meses, siempre encantada por esa mirada y esas palabras susurradas que me llenan de amor a Dios y a todas sus criaturas.

Luego, para mi sorpresa y desencanto, las entrevistas con el sacerdote se van espaciando. Finalmente, él me dice que no habrá más entrevistas, que he avanzado lo suficiente en mi preparación, que me conviene practicar más la meditación solitaria y me recomienda que no vacile en tomar los votos ya que estoy convencido de mi vocación.

Quedo sumida en una gran angustia. No tengo a quien acudir en busca de apoyo o consuelo al sentirme naufragar en un mar de interrogantes: ¿qué paso? ¿Qué fue lo que hice mal? ¿Por qué me dice que estoy lista cuando yo me siento flotar en el aire como hoja al viento?

Pasan los días, las semanas y los meses. Vivo con el corazón en la boca y me las ingenio para hacerle saber que necesito, que me urge tener una conversación en secreto. Él parece darse cuenta de mi desesperación y adivinar que algo muy malo podría pasar si no acepta mi pedido. Quedamos en que al día siguiente, al amanecer, nos encontraremos a poca distancia de la salida secreta que existe al extremo de la huerta atravesando los corredores del convento.

Paso la noche en vela en medio de grandes sufrimientos. Cuando empieza a clarear el día acudo presurosa a la cita sin imaginar lo que me esperaba al cruzar la pequeña puertecita semiescondida entre la maleza. Para mi sorpresa el sacerdote no está solo. Veo también a la Madre Superiora acompañada por dos albañiles del convento y dos guardias. El sacerdote, elevando la voz, me acusa de estar escapándose de la Santa como una delincuente, que sus sospechas no eran vanas y que se alegraba de que la Superiora hubiera dado crédito a lo que él consideró su deber avisar para que el mal ejemplo no corrompa a las otras novicias, y que estaba muy de acuerdo en que se me aplique el castigo correspondiente a esta falta tan atroz: taparme en vida para que así tenga el tiempo suficiente para reconocer mi pecado y pedir perdón a Dios, que Él, en su infinita misericordia, tomaría en cuenta mi lenta agonía y que tal vez, solo tal vez, se apiadaría de mi alma pecadora.

Un nudo me aprieta la garganta, por largos segundos no puedo ni respirar; luego, algo se rebela en mi interior con la fuerza de un volcán y digo a gritos que no estaba escapando, que solo quería hablar con mi guía espiritual, que recién ahora que doy cuenta de por qué me ignoraba estos últimos meses, que yo estaba perdidamente enamorada de él y que suponía ser correspondida de la misma manera.

Por lo visto, el muy canalla encontró la manera de sepultar literalmente su delito y yo sería nuevamente el chivo expiatorio. Él, cobardemente, levanta las manos al cielo poniéndolo por testigo de mi mentira.

Ante semejante actuación, siento que me invade una fría calma. Miro a los ojos a la Superiora y le digo que vayan a mi celda y encontrarán la prueba de que no miento: un bebé recién nacido. Continúo gritando que eso era lo que quería decirle para ver la manera de que él saque al bebé del convento después de haber dado a luz. Sin embargo, el alumbramiento se adelantó –es un niño con los mismos ojos que su padre y el mismo lunar en el omoplato izquierdo.

La Superiora hace una señal a los albañiles quienes empiezan a levantar dos nichos, frente a frente, para tapiar al mal sacerdote y a la novicia pecadora.

Cuando la pared me llega a la altura de los ojos, lo último que veo son aquellos otros ojos que me embrujaron y que ahora están llenos de espanto y furia. Siento que me desangro. Sonrío y me sumerjo en la nada.

* Miembro de UNPE Cochabamba y docente universitaria de posgrado. Ha publicado "Corazón mágico" (2011) y "Canto del alma" (2014).

Hilda Mundy

Hilda Mundy (Laura Villanueva Rocabado). Oruro, 1912 – La Paz, 1982. Escritora, poeta, feminista y periodista. Fundó el semanario ‘Dun Dun’, de corte humorístico. Fue columnista en los periódicos orureños La Patria y La Mañana. Ha publicado los libros “Pirotecnia” (1936) y “Cosas de fondo: impresiones de la Guerra del Chaco y otros escritos” (1989). Los textos que aparecen a continuación forman parte de “Pirotecnia” - “Colección de Antaño”, publicado por la Editorial La Mariposa Mundial - 2004.



Uno

“Calla doña raposa, don león, don caballo. Avanza doña grúa, don cilindro, don émbolo” dijo Basterra en un lenguaje de atavíos novísimos.

Debió diseñar mayúsculas y personalizar la representación del hierro en sus formas: Grúa-Cilindro-Émbolo, cual si constituyesen personajes de la S. A. de la moderna urbe. Escenografía 936: Red de alambres telefónicos. Fábricas, Casetas de telegrafía, merecen más reverencia que campos bucólicos con vacas, patos y lombrices.)

El último estilo neorítmico que canta a la máquina, como plumerio pelícano barre todo lo sentimental, lo roido de las delicadezas de la moda vieja.

Atentado mayúsculo: Cocer metáforas de baja presión ante la luna vulgar que tatúan los gatos nocturnos sobre las tejerías.

Además –¿habéis pensado que el ruido de los motores y las usinas hacen menos fúnebre los cementerios.

Aún la misma muerte –supongamos una carbonización por alta corriente– ya no es de aparatosas fórmulas...

Un güinío... y a una velocidad de 300 kilómetros por hora un alma que vuela al cielo a horcajadas en el vapor de la fuerza eléctrica.

Dos

¡Qué bella es la vida en un semi delirio de coctel y jazz!

Raza de Color: Hijos gemelos engendrados en Norte América.

Coctel: Quinta destilación de uva. Gotas de limón (flora).

Jazz: Hombre moro que sopla el saxofón (fauna).

Saxofón: Boquilla musical insuperable por donde se aspira notas (gea).

Triángulo. Esencia trebólica de la naturaleza en las postimerías del siglo XX.

Medias velo. Epidermis fina –por mujeres.

Zapatos Walk-over. Sortijas de brillantes –por hombres.

Con Coctel y jazz se pierde el orden cronológico del tiempo.

Cuando se oye saxofón es epiléptica la inquietud del ritmo. Hay un deseo de escanciar la última gota de ilusión-apéritivo a los pasos del baile, para marcar al final un martilleo armónico.

La transición cortada de los platillos hacen canales en los movimientos y los pies danzantes tejen figuras que multiplican los casilleros del parque.

Mientras el coctel baila un blue lento y entreverado con el ácido mágico del postre de restaurant.

Frase para un análisis: Satán es bello porque baila en jazz infernal y se opila con coctels de fuego.

Tres

Para sentir con intensidad plena la vida de ciudad, hay que fugarse de los límites lógicos y de lo pre-establecido, remozando la sensibilidad con “fejes” nuevos.

Pensad que los suicidios se originan por un alto porcentaje de aburrimiento, que hay que evitar “aseptizando” de modo conveniente... es espíritu.

Cuando el hastío quiere sobornarme, al punto me invisto de particularísimas funciones.

Me siento imaginariamente:

Inspector oficial de los viandantes.

Artista delicado de las canchas de foot-ball.

Contralor asiduo de los flirts perrunos.

Visados de residuos.

Representante de las alcantarillas.

Y a renglón seguido, el cansancio huye, revolucionado, sobrecogido de espanto como un “monago” en deserción de amor...

Cuatro

Como un juego de entretelas grises la ciudad a “Buenas Tardes” sacándose el sombrero.

Saludo de las 6 a 6 y media p.m.

Media hora que lánguidamente sandungaea por el pasaje del día y la noche.

Duda en los globos eléctricos acerca de si deben inflamarle las entrañas.

Fracción decimal de tiempo en que el gracioso pelele oculta tras los hábitos caseros, se siente ultrañido por la calle, el automóvil, el amor, los platos fritos.

Somos los hombres del crepúsculo, no en el sentido de “El Nocturno de las Edades” sino por la tradición malsana que ejerce sobre nosotros, la tarde diluida entre las sombras.

6 pm. Y la calle es una coqueta subyugante.

Sea para admirar el difumino del cielo, las ojeras de una tigresa solitaria o los carros que tienen algo de desierto en su giba de dromedario.

(Una voz dice que estos “autos” se hallan frávidos. Por una aberración fisiológica, dan al mundo los motociclos, como recuerdos palpables de amores con bicicletas de alquiler).

Y en el recorrido de esta media circunferencia de reloj, hay suspiros de pasión en las chimeneas por los pitones snobs y besos de distancia de los postes con las torretas telefónicas.

Toda una palpitación de vida y amor en los congos ciudadanos.

Hora de saludo: 6 a 6 y media p.m.

Cinco

A las tres de la tarde, las vias se visten de un medio aburrimiento.

Las personas que caminan bajo la canícula del sol, hacen la apariencia de figurillas de terracota, sorprendidas por el artífice, en la inmovilidad de diferentes poses, unas artísticas y otras nada artísticas.

Quien va al buzón a echar unas cartas... quien va al almacén a comprar fósforos... quien va al despacho plagado de penumbras tiene un aire de cansancio...

Parece que llevan el prólogo de la noche que van a dormir y que encontrarán voluptuosidad al entornar los ojos.

Todos los caminantes llevan la obsesión del CHAISE LONGUE y parece que piensan.

“Si a la vuelta de esta esquina, si bajo aquel arbolillo, si detrás de este enrejado, hubiese un chaise longue para la siesta”.

Mientras estos cómodos muebles de la pereza se solazan en la media sombra de los gabinetes, sin saber siquiera que son obsesión de los cansados de las tres de la tarde.

Seis

Los esposos elegantes, en el teatro, en la confitería, en el stadium, llevando del brazo a la esposa ataviada y bella, tienen algo de empresarios “desgalichados”, en la cargosa faena de la exhibición...

Palpita en ellos una remota aproximación de los que el hombre tiene de exhibicionista de fenómenos...

Generalmente tienen el paso mesurado, de remolque, de notoriedad acentuada, de Sargento de Escuadra conduciéndose en un desfile patriótico.

Y las mujeres, al ser guiadas en esta forma de protección, ante el público y también de orgullo de posesión, se sienten muñecas guareciditas, febles, bellas, niñas grandes...

Divertidísimo.

Cuando hay ya turba de chiquillos por delante, ELLOS traspasan el cincuenta por ciento de su calidad de exhibicionistas a ELLAS.

Entonces:

Ambos esposos con aire aplacador y sosegado, se convierten en soberbios empresarios de sus pequeños monigotes...

El barroco de Alejo Carpentier

Marc E. Blanchard
 (Casa de las Américas 2006)

Primera de cuatro partes

En 2004 se conmemoró en todo el mundo el centenario de Alejo Carpentier y, en ese contexto, se puso de relieve el concepto del barroco aplicado concretamente a la obra de Carpentier y al propio Carpentier, uno de los más grandes escritores de la América Latina y el Caribe. Si bien todos parecen coincidir en que Carpentier es, en términos generales, uno de los más importantes autores influidos por el barroco, todavía se debate si fue barroco o neobarroco, si ese término puede aplicarse a toda su obra o aparte de ella y, por último, si su obra puede tomarse como principal ejemplo para facilitar la comprensión del fenómeno del barroco. Aunque los críticos de este estilo subrayan la importancia del espacio y la geografía, cabe asegurar que en una de sus últimas obras, *Concierto barroco*, Carpentier recrea el barroco como un arte y una filosofía del tiempo del todo modernos. Al analizar la modernidad de una cultura latinoamericana y caribeña barroca o neobarroca, su rasgo fundamental no radica solo en invertir la orientación de una geografía basada en conquistas de Oriente a Occidente, sino también en alterar la preponderancia, citada tan a menudo en estudios sobre el barroco, del espacio respecto del tiempo y la geografía respecto de la historia, de una visualidad concreta basada en los conceptos de la imitación y la deformación. Consiste además en conceder, en el diálogo sobre la historia de Occidente, un lugar primordial a una reflexión sobre el tiempo barroco que deberá mantenerse fiel al principio de que todo lo que atañe a la experiencia humana pertenece al mundo barroco, modificado por una determinada idea del tiempo, una conciencia, un recuerdo un ordenamiento de los fenómenos conforme a una compleja cronología, tan detallada y diversa como los puntos de vista sutilmente diferentes de una multitud de sujetos que recuerdan su propia versión de lo que, más que una historia fija, es una mito que evoluciona a medida que se redifine el espíritu de la época en que viven. Así pues, en *Concierto barroco* la América conquistada por los españoles aparece transfigurada a medida que los viajeros del Nuevo Mundo descubren, al recorrer España e Italia, que su tierra colonial, vista desde ese otro lado del Atlántico, parece ser muy distinta del país que dejaron atrás cuando partieron de Cuba rumbo a España.

I

Ahora bien, ¿qué el *Concierto barroco*? Escrita en 1974, cuando Carpentier se encontraba en el punto más alto de su fama, cumplía la función de ministro consejero de la embajada de Cuba en París y había sido honrado con distinciones de todo el mundo [con motivo de su sesenta aniversario], *Concierto barroco* sigue siendo un ejemplo perfecto de arte barroco: una novela breve en que se fusionan pasado, presente y futuro para contar la historia del viaje a la inversa,



AKAL / BÁSICA DE BOLSILLO



de Occidente a Oriente, de una criollo mexicano desafecto, conocido por el lector como el "Amo" o señor (para su sirviente), "[...] El Amor llegaría rico, riquísimo con plata para regalar, un nieto de quienes hubiesen salidos de ellos [...] para buscar fortuna en tierras de América". La esperanza del criollo radica en descubrir quiénes fueron sus antepasados y, quizás, descubrir Europa, en lo que constituye una imitación de los españoles que primero cruzaron el Océano Atlántico y llegaron a América. A pesar de ser una novela muy breve, *Concierto barroco* es una obra impresionante que puede leerse como un cuadro vivo independiente o como parte de una historia central no revelada aún e interrumpida por el despliegue del carnaval de Venecia. En su caprichosa trama, que con absoluta seriedad Carpentier presenta como estrambótica y metódica a la vez, el Amo y su esclavo cubano Filomeno –adquirido este último en una breve estancia en La Habana, asolada por la peste y donde muere enfermo el primer esclavo mexicano, un joven llamado Quisquillo– tocan tierra firme. La narración, vertiginosa y llena de *impromptus*, trampolines y digresiones libres, lleva al Amo y a su sirviente Filomeno, junto a estrellas de la música barroca como Haendel, Vivaldi y Scarlatti, hasta un colegio de monjas que cantan, donde todos disfrutan de la ópera *Montezuma*, *Emperador de los aztecas*, de Vivaldi, una ópera que se sabe que existió, pero es posible nunca fura puesta en escena, y en la que un famoso actor veneciano viste el mismo traje de emperador azteca que el criollo usado en su primera noche de carnaval. La música, tanto típicamente barroca o renacentista como afrocubana, las bebidas, las mujeres, el erotismo del carnaval, todo en

esa fulgurante fantasía sirve a Carpentier para hacer gala de su agudeza, su erudición y su amor por los instrumentos musicales, la armonía y la discordancia, la arquitectura, el mobiliario y la literatura. De hecho, *Concierto barroco* no es solo una obra barroca perfecta, sino también una parodia perfecta de una obra barroca perfecta. Es una obra que deslumbra al lector con citas, referencias a obras clásicas, renacentistas y modernas, en particular *Don Quijote*, y a escritores como Shakespeare, así como con incongruencias y situación contrácticas: el Amor es guiado por su esclavo, los músicos son criticados por su público, los parranderos ebrios visitan la tumba de Stravinsky en un cementerio de Lido, el esclavo liberado da a su Amo, que regresa a México, una nostálgica despedida en la estación del ferrocarril de Venecia y la siguiente noche de Filomeno en la ciudad transcurriendo escuchando a Louis Armstrong en *When the Saints Go Marching In*, mientras el narrador mesiánico augura libertad y revolución para los oprimidos del mundo. Con ese final, Carpentier se cerciora de que el lector comprenda todo esto en el enfrentamiento de la ficción con la historia y del tiempo consigo mismo. *Concierto barroco* también se escribió con ironía, con la mirada puesta en la parodia y en ese exceso contenido que hace que las parodias resultan tan atractivas, placenteras e insidiosas a la vez.

Sobre la base de ese análisis, cabe decir que ese atractivo, explotado por el autor en cada giro de la historia, es en esencia lo que hace que *Concierto barroco* pueda catalogarse como una obra barroca. Ante este hecho, muchos críticos la han clasificado como "picaresca", como si se tratara apenas de una miniatura de las grandes épicas barrocas o de

los inagotables cuentos del pícaro, con elementos de la tradición erótica del Renacimiento. Sin embargo, *Concierto barroco* es mucho más que eso y en ella pueden distinguirse resonancias de obras como *La Celestina*, *Amadís de Gaula*, *Orlando furioso* y *El Buscón*, así como *Don Quijote*, *El judío de Malta*, *Astrofél y Stella* y tal vez hasta de *Hamlet*, o de *Don Juan* y su sirviente, como si estas pequeña pieza de Carpentier fuera, al final de su vida productiva y nómada, una loa genérica a algunas de las grandes obras de la literatura hispana y europea de los tiempos de la conquista del Nuevo Mundo. De hecho, también puede considerarse que *Concierto barroco* hace cierta justicia poética, ya que representa el regreso de un viejo escritor a un cuento que había escrito en su juventud, cuando se ganaba la vida como productor en la radio francesa. En "El camino de Santiago" Carpentier había escrito sobre un joven español que dejó la feria de Burgos para marchar a América. Allí desenmascara las mentiras de los documentos sobre la colonización. Por ende, *Concierto barroco* representa en buena medida el cumplimiento de un deseo que Carpentier y su héroe Juan habían esbozado en "El camino de Santiago" de explicarse a sí mismo cómo dos guerras de conquista ocurridas siglos atrás habían determinado la imaginería cultural de los europeos que descubrieron un nuevo mundo solo para saquearlo y ahora seguían determinando la conciencia de los latinoamericanos que, hoy día, necesitaban comprender cómo su propio universo se mantenía dominado por el asombro de aquellos primeros europeos. (Borges se había preguntado cómo podría sentirse uno al mantenerse vivo solo en los sueños de otros.)

Aun así, también está claro que *Concierto barroco* no es solo depositaria de obras famosas, especialmente barrocas, cuyo legado aflora aquí y allá (la voz libre de Ariosto, el ingenio mordaz de Quevedo, las convincentes tragicomedias de Shakespeare). Con rápidos esbozos de personajes poco complicados, cuya función es ayudar a hacer avanzar la historia en dirección contraria de América a Europa, *Concierto barroco* es también una fábula sobre rarezas históricas: los negocios turbios en Veracruz y Barcelona, la peste en La Habana, las máscaras del carnaval de Venecia. Todo cuánto pueda serle útil al narrador para lograr tres cosas a la vez: volver a escribir la historia de la Conquista, trastocar los grandes esquemas de una historia maestra y demostrar que la música, con su *tempo* y su efecto en el cuerpo, es la fuerza que puede moverlo todo.

Continuará

BARAJA de TINTA

Pide ser corregidor de La Paz

De Miguel de Cervantes al Rey Felipe II

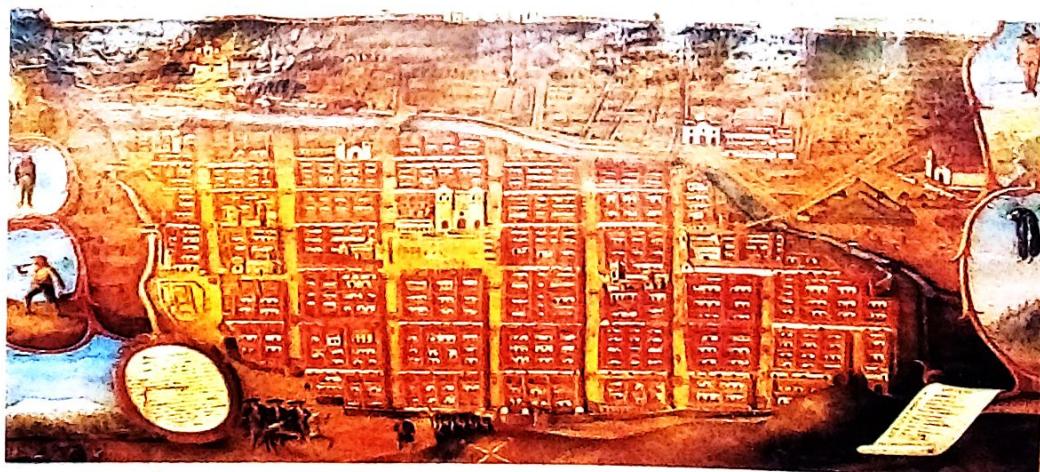
Madrid, Mayo de 1590

Señor:

Miguel de Cervantes Saavedra, que ha servido a V. M. muchos años en las jornadas de mar y tierra que se han ofrecido veintidós años a esta parte, particularmente en la batalla naval, donde le dieron muchas heridas de las cuales perdió una mano de un arcabuzazo, y al año siguiente fue a Ambarino, y después a la de Túnez y a la Goleta; y viniendo a esta corte con cartas de Don Joan y del Duque de Sessa, para que V. M. le hiciese merced, fue cautivo en la galera del Sol, él y un hermano suyo, que también ha servido a V. M. en las mismas jornadas y fueron llevados a Argel, donde gastaron el patrimonio que tenían en rescatarse, y toda la hacienda de sus padres y las dotes de sus hermanas doncellas que tenía, las cuales quedaron pobres por rescatar a sus hermanos y después de libertados fueron a servir a V. M. en el reino de Portugal y a las terceras con el Marqués de Santa Cruz, y ahora al presente, están sirviendo y sirven a V. M. el uno de ellos en Flandes de Alférez y el Miguel de Cervantes fue el que trajo las cartas y avisos del Alcalde de Mostagan y fue a Orán por orden de V. M. y después ha asistido sirviendo en Sevilla en negocios de la Armada por orden de Antonio de Guevara como consta por las informaciones que tiene en todo este tiempo no se ha hecho merced alguna.

Pide y suplica humildemente, cuanto puede a V. M. sea servido hacerle merced de un oficio de Las Indias de los tres o cuatro que al presente están vacos, que es el uno en la Contaduría del Nuevo Reino del Granada o la Gobernación de la Provincia del Coconusco en Guatemala o Contador de las Gileras de Cartagena o Corregidor de la Ciudad de La Paz; que con cualquiera de estos oficios que V. M. le haga merced las recibiría: porque es hombre hábil y suficiente y benemérito para que V. M. le haga merced; porque sus deseos de continuar siempre en el servicios de V. M. y acabar su vida como lo han hecho sus antepasados que en ella recibiría muy gran bien y merced.

Miguel de Cervantes



Biblioteca Real, Madrid

De haber accedido la Corona a esta petición, quizá Cervantes habría escrito "El Quijote" (1605) en La Paz. Es el escenario que imaginó Raúl Botelho Gosálvez cuatro siglos después dejando, a su muerte, una novela inconclusa sobre el tema.
Fuente: "Cartas para comprender la historia de Bolivia" (2014) compilado por Mariano Baptista G.